

estos campos cubiertos de verdura, estas gentes que te quieren, estos semblantes amigos, y te vas en pos de vanas ilusiones? Si quieres paz, te la dan estos campos; si riquezas, estos picachos; si bienestar, tus parientes y amigos; si sabiduría, los libros de tu maestro Luna.»

Pero bueno estaba yo para oír esos reclamos ni para darme cuenta de que me hablaban todas aquellas cosas inanimadas (prosopopeya de tercer grado, diría mi amigo el franciscano). Yo no pensaba sino en luchar, en esparcir mi actividad, en hacerme rico, en vivir dichoso, quizás célebre, quizás inmortal y acatado por todos.

Los consejos que Don Quijote dió á su escudero cuando iba éste á gobernar la Barataria, eran cosa sin substancia comparados con los que mi padre me dijo de palabra y me escribió punto por punto con su linda bastarda española. Agradecimiento para con mis protectores, sinceridad, honradez, respeto á mis mayores, discreción, tacto, buena fe, religiosidad, era lo que contenían aquellas letras, que guardo en mi memoria y que me han servido como piedras miliarias para señalar la ruta de mi existencia y hacerme dichoso.

Por fin llegó aquel inolvidable quince de Octubre de 1849. Poco antes de las cuatro de la madrugada me despertó mi padre, que á la cuenta no había pegado los ojos en toda la noche, salieron mi tía y las mucha-



... besamos á discreción manos y rostros...

chas, y todos juntos nos encaminamos á la casa de las Torres.

Ya estaba todo el mundo en pie; Sabás, el mozo de mi casa, introdujo en la cajuela del coche tirado por mulas blancas, que aguardaba á la puerta, la maleta que contenía mis vestidos y unas *arguenas* con un par de gallinas rellenas; salieron mis padrinos, salieron los muchachos, besamos á discreción manos y rostros, nos echamos á llorar como unos chiquillos que éramos, y partió el *guayin* seguido de dos mozos con chaquetas de cuero.

Los primeros momentos transcurrieron sin que nadie hablara: todos recordaban la despedida y se mantenían en un discreto silencio. Sólo yo estaba complacido (vergüenza sentía de ello) porque llevaba en el alma dos sensaciones: una remota, la de que iba á gozar y á ver mundo, y otra inmediata, la de haber besado unos labios rojos, delicados y sabrosos, y tenido cerca un par de ojazos que mal año para el sol que se aparecía por los montes que nos daban frente.

Como ya era de día, volviendo el rostro divisamos á distancia, entre áurea polvareda, una torrecilla roja, las copas de muchos árboles y unas montañas azules que á cada momento se esfumaban más en el horizonte: era nuestro pueblo, que nos decía adiós, mientras se extendían á lo lejos, en llanadas y colinas que se perdían de

vista, el mundo vasto y hermoso, la vida alegre, el porvenir risueño...

Ese primer día rendimos jornada en Pegueros, venta cervantina llena de lodo y suciedad; dormimos el segundo día en Tepatitlán, pueblo de tierra roja que tiene el privilegio de producir las muchachas más guapas en cincuenta leguas á la redonda; y al tercer día, á eso de las cuatro, divisamos un bosque de torres, espadañas, campanarios y cúpulas, reverberando unos con todos sus azulejos, rejuvenecida la piedra de otras al potente conjuro del sol, anunciando estas grandes iglesias que elevaban sus bóvedas á manera de enorme lomo de paquidermo, y delatando aquéllas á pequeñas capillas ocultas entre verdura.

Una hora después pasábamos por San Pedro Tlaquepaque, lleno de quintas coquetas, y á poco entrábamos en Guadalajara. Frente á una casa que ostentaba las barras del escudo de la Merced, paró nuestro *guayín* y echamos pie á tierra.

Durante el camino traje afligidos y temerosos á nuestros acompañantes, que lo eran dos mozos *cuerudos* y un pariente pobre de los señores Torres, el temor de encontrar ladrones ó partidas de pronunciados de los que todos los días se levantaban; pero tuvimos la buena suerte de pasar sin novedad. Después he sabido que esa fortuna se debió á que el señor mi padrino, á pesar de su altivez, en-

traba en tratos con los bandidos de más renombre en la jurisdicción, cosa que hacían también los otros propietarios que no querían sufrir perjuicio en sus bienes y molestia en sus personas.

Sólo dos encuentros desagradables tuvimos: fué el uno, el de la diligencia ordinaria volcada á mitad del camino, cerca de la *Puerta de los Rodadillos*. Todos los pasajeros yacían *azorrillados*, mirándose en confusión baúles abiertos, colchones destripados y ropa tirada por el suelo. Nosotros pasamos de largo, sin querer oír los gritos que nos daban los míseros desvalijados: los ladrones solían emboscarse, y cuando se iba á prestar socorro á los comprometidos, á lo mejor salían y dejaban por puertas á los auxiliares.

En el *Mezquite gacho* distinguimos una figura fantástica, que á la luz escasa del crepúsculo se balanceaba con ritmo especial desde una rama del árbol. Era un *colgado*, á quien habían subido hasta allí no sé qué tropas ó gaviillas. Según nos explicó un rancharo, las huellas que el camino tenía eran las del pobre, que había sido arrastrado gran trecho á cabeza de silla por los jinetes; pedazos de manta blanca se hallaban prendidos aquí y allá en los huizaches y chaparros del camino. El muerto, con los ojos saltados, la lengua de fuera y la cabeza inclinada sobre el pecho, hablaba más alto del estado de anarquía en que vivíamos, que las caras de espanto de los señores que nos

salían á preguntar en cada punto de sesteo ó de jornada, si no habíamos encontrado á los *tulices*, *jurtones*, *preunciados* ó *del gobierno*, que con todos estos nombres se designaba á los que hoy llamamos pura y simplemente ladrones.



CAPITULO V

Lo que era en aquellos tiempos un seminario

AL llegar á este punto se me ocurre preguntarme: ¿por qué nuestra pupilera, la dueña de aquella honrada casa de asistencia, consentía en que se le llamara y aun ella se llamaba, doña Mencía, nombre que trae á la memoria los gregüescos, los jubones y las ropas acuchilladas, y no la sopa de fideos hecha con agua, ni el puchero fementido, ni el chocolate de la época posterciaria?

Imposible me es dar una explicación de tan intrincado misterio, que sólo por conjeturas puedo explicar atribuyéndolo á que la pecadora aquella se llamaba en el siglo Clemencia, y que por abreviatura ó cariño le trocaron el nombre en otro digno de dama de Calderón ó de Lope.

Era una jamona de muy buen ver, de lindos ojos